

dado a manos llenas. En el despilfarro de su opulencia, derramaba el oro sin pensarlo”.

Como valor adicional, aunque no precisamente secundario, los estudiantes de filosofía hallarán en este libro notables análisis explicados de las obras fundamentales de la filosofía y la literatura clásica.

Pedro GRINGOIRE.

Excelsior, México, 15 de febrero
de 1942.

CRÓNICA LITERARIA

La crítica en la edad ateniense y Pasado inmediato, por

Alfonso Reyes

“Cuando, en materia literaria —escribe Alfonso Reyes— la crítica se limita a registrar los hechos, se queda en historia de la literatura. Cuando define, por esquema y espectro, el fenómeno literario, es teoría de la literatura. Cuando pretende dictar reglas a la creación, autorizándose ya en la experiencia o ya en la doctrina —sea ésta filosófica, estética, ética o hasta meramente política— se desvirtúa en preceptiva. En los dos polos del eje crítico encontramos el impresionismo y el juicio. Aquél es la crítica artística, creación provocada por la creación; no parásita . . .”

Los distintos aspectos de un género que, a menudo, se mezclan y suelen aparecer confundidos y hasta confusos ante el ojo profano, distínguense aquí con el nítido orden y la fineza mental que constituyen unos de los rasgos característicos de Alfonso Reyes, “el perfecto humanista”, según se le ha llamado, el erudito cabal, moderado, refinado, sensible.

No hay parasitismo en la verdadera crítica, sino al revés; el parásito destruye su fuente alimenticia, en vez de enriquecerla y potenciarla, descubriéndola y, en no pocas ocasiones, creándola de la nada o de un corpúsculo apenas desarrollado, como lo hace el buen comentador, eco sonoro de una realidad hablada o impresa, igual que el novelista o el poeta multiplican, comentándola por su resonancia íntima, la realidad percibida en otro ámbito.

Hemos visto un polo, el impresionista. En el otro reside el juicio: “corona del criterio . . . alta dirección del espíritu que integra otra vez la obra considerada dentro de la compleja unidad de las culturas . . .” Es la aplicación de la inteligencia, de la razón racionante, de la facultad teórica y generalizadora, tras la

aplicación de la sensibilidad, de la cual podría considerarse otra forma, abstracta, más amplia, que se organiza y que reorganiza sus materiales.

Concluye el maestro:

“Y hacia el centro del eje crítico encontramos aquel tipo de exégesis que admite la aplicación de métodos específicos (ya históricos, ya psicológicos, ya formales) que hoy se ha convenido en llamar la ciencia de la literatura”.

Aquí, al centro, es donde, con sólido equilibrio, se sitúa Alfonso Reyes, capacitado por su percepción vibrante, por ágil fantasía, para alcanzar el extremo impresionista, la intuición delicada y adivinadora, sin la cual el crítico marcha a ciegas, y por su cultura sistemática, por sus vastos conocimientos técnicos, para no dejarse llevar y dirigirse y dirigirse, en el terreno de las producciones literarias, hasta una síntesis filosófica.

¿Diremos que el tratado que acaba de publicar sobre *La Crítica en la Edad Ateniense* demuestra más sus completas lecturas y su poder metódico que la gracia atrayente, la seducción del estilo, admirables en otras de sus obras?

Empresa de raíz didáctica, contiene el fruto de un curso de lecciones extraordinarias que dió en la Universidad Nacional de México y abarca el estudio de su tema entre los años 600 y 300 A. C., destinado particularmente a los especialistas.

En tal sentido, constituye un compendio muy útil, puesto al día, una abreviada recopilación de datos y texto de consulta u orientación, inapreciable, honra de la cátedra mejicana.

No es, como habría podido ser en otras condiciones, como acaso los admiradores de Alfonso Reyes lo habrían esperado, un libro deleitoso, insinuante e incitante.

Culpa, posiblemente, del asunto.

Sus conclusiones son, en la mayor parte, negativas; y el autor

lo declara: “a lo largo de nuestro viaje, dice, página 360, no ha podido menos de impresionarnos la escasez con que se demuestra el criterio puramente estético”. Grecia, la cuna del arte, no lo consideró con ojo puro de artista. Más todavía, casi no lo consideró del todo. La antigüedad helénica fué filosófica, religiosa, política, moral: “El pueblo que dotó a la humanidad de las obras poéticas más excelsas, apenas sentía la necesidad de aplicarles, para valorarlas, la piedra de toque del criterio estético. A la hora de juzgar, se entregó al criterio de la religión, de la moral, de la política, aun del formalismo preceptivo. La belleza se le había dado a manos llenas. En el despilfarro de su opulencia, derramaba el oro sin pesarlo”. Epoca creadora, tenía demasiada prisa de cumplir su misión esencial; dejaba a las otras el resto complementario; no vivía como ocurrirá después, de la sombra o de “la sombra de una sombra”.

El estímulo que desató la corriente renacentista fué la contemplación del espectáculo helénico o sea una actitud crítica positiva, la repercusión, la resonancia y el asombro de los artistas de nacimiento ante las obras de arte creadas e inmortales; cuando queremos buscar el mismo fenómeno en la fuente original, no se hallan sino rastros débiles, anuncios y gérmenes.

Sobre ellos ha debido trabajar Alfonso Reyes y, en verdad, aunque nutrido y opulento, el volumen que les consagra resulta compendioso y, a veces, casi un índice de materias para más amplio desarrollo, un itinerario rápido que fija ordenadamente la línea y las estaciones fundamentales.

Ello se percibe con brusco relieve cuando de *La Crítica en la Edad Ateniense* pasamos a

Pasado Inmediato y Otros Ensayos, páginas amables donde se entremezclan recuerdos, siluetas, digresiones, síntesis de historia contemporánea y anécdotas sabrosas llenas de abandono.

Es un pequeño tomo exquisito.

Y útil.

Porque el don por excelencia que distingue a Alfonso Reyes consiste en la mezcla fina, exactamente dosificada y equilibrada de placer y saber, de poesía y erudición, de intuición y análisis de contenido entusiasmo y sonrisa que sabe distribuir a través de sus páginas, con una sabiduría y un refinamiento en que algunos han visto cierto espíritu chinesco, por lo que tiene de orfebrería minuciosa.

El primer ensayo, *Pasado Inmediato*, evoca el momento histórico que acaba de transcurrir en Méjico: se verifica la gran revolución, ocurre el tránsito de la Paz Augusta en que el "Porfiriato", como se le ha llamado, tenía sumergido al país, sueño fuera del tiempo, cámara cerrada, al vaivén de los regímenes democráticos, al hervidero de los ensayos reformistas, donde los hombres y las ideas se barajan, no sin cruentos sacrificios. Alfonso Reyes, cauto, preciso, basado en recuerdos, va dejando hitos conmemorativos para señalar la senda al historiador futuro. Muchos de ellos no serán movidos y el conjunto forma un haz documental de testigo abonado, que conserva el ojo sereno para mirar el torbellino y sabe distinguir etapas dentro del torrente.

Es un fragmento de memorias impersonales.

De *poesía Hispanoamericana*, el ensayo siguiente, contiene materiales y juicios más próximos a la personalidad del escritor; se trata de historia literaria; el modernismo saca a luz el carácter de las letras continentales en Hispano-América y se perfilan figuras de maestros, con Darío al frente. La pléyade ahí evocada logra una conquista que las resume todas: la libertad.

Más adelante, en el mejor de los trozos que recoge el volumen, el hombre se entrega, no sin medida, porque Alfonso Reyes nunca la pierde; pero con cierto abandono familiar de una seducción extrema y buen acopio de anécdotas significativas. Alfonso Reyes habitó diez años en Madrid —1914-1924— y tanto por la época que le tocó, como por sus aventuras personales, los estudios y trabajos en que anduvo, las situaciones, desde las muy estrechas del expa-

triado hasta la de representante diplomático de su país, sus memorias de aquel período cobran varios géneros de interés y ofrecen una enseñanza múltiple. ¡Cuántas amables siluetas hace revivir su evocación aguda! En un desfile de horas que cierto "autor ignoto" versificó, pasa la del gran don Ramón, parodiado:

Es la hora de Valle-Inclán.
La comadreja y el vampiro
se pasean por el Retiro;
los va siguiendo el lubricán.
¡Es la hora de Valle-Inclán!

Tres semblanzas magistrales elogios que son miniaturas perfectas —siempre vuelve esta palabra cuando se alude a Alfonso Reyes— nos presenta la fisonomía de Justo Sierra, cuya memoria "todos los mejicanos veneran y aman"; a Jenaro Estrada, "el que comprende a unos y a otros y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca ante las desigualdades inevitables de los hombres, y les ayuda en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico..."; alguien, en fin en quien nos complace, descubrir muchos rasgos del propio Reyes y Luis G. Urbina, uno de los tres grandes poetas mejicanos que, con Díaz Mirón y Othón, cruzaron el modernismo en una evolución personal "prescindiendo de contaminaciones secundarias", Urbina, autor de este suave, malicioso y grácil soneto, que envió a su amigo con un presente:

Te envió, hermano Alfonso, la traviesa criatura
que va a dar a tu hijo doméstica alegría
tienen sus ojos grises candidez y ternura,
y su hocico fragancia de leche todavía.

Hace los movimientos de un tigre en miniatura.
Todo él es seda y gracia, suavidad y armonía.
Divertirá a tu niño con su ágil travesura:
dos inocencias viven en buena compañía.

Es vulgar la calumnia de ingratitud. ¿Quién tasa
la del hombre y la bestia? Como el de Asís, yo acato
la ley divina: creo que en el amor se basa

toda vida. Y en prenda de que no soy ingrato,
mando para la tuya la joya de mi casa,
un ser gracioso y fino como una flor: un gato.

Creería el gatito en paz y amistad con el niño, que también habrá dejado de serlo con los años; envejecería el uno, rápidamente, sufriría los males de su raza y su anímula "vágula blandula" habrá pasado a la región donde yacen los gatos muertos. No ha ocurrido ni ocurrirá lo mismo con los catorce versos en que Urbina le dejó aprisionado con habilidad de artífice y encantamiento de mago.

Es lo que hace continuamente el propio Alfonso Reyes, cuya prosa mesurada conserva en su firme cristal una juvenil frescura, perenne.

ALONE.

El Mercurio, Santiago de Chile, 15 de marzo, 1942.

HARVARD UNIVERSITY
INSTITUTE FOR CLASSICAL STUDIES

WERNER JAEGER, Ph. D. Litt. D.
University Professor

Widener 774
Cambridge, Mass.

Professor Alfonso Reyes
c/o Fondo de Cultura Económica
Pánuco, 63
México, D. F.

Mar. 28, 1942.

Dear Professor:

I received some time ago through your kindness a copy of your new book, *La Crítica en la Edad Ateniense*, published by the Colegio de Mexico and wish to express to you my sincere gratitude for the generous gift. Recently I have heard more of the scholarly production in the Spanish speaking countries south of the United States, partly through the philosophers in Argentina, partly through my connection with the Fondo de Cultura Economica in Mexico. You perhaps know the fact that my work *Paideia* which is translated by your countryman Professor Xirau, formerly of Barcelona, will be published soon by the same Fondo de Cultura Economica which has printed your book. I am very glad to see these signs of a new humanistic activity in this hemisphere outside the United States and to appreciate its fruits without finding too much difficulty with the language.

I did not want to thank you for sending me your book before I had read it and even now I cannot say that I know the large and important book in all its details. The chapters on Plato and Aristotle will take more time than I was able to give the book during the last weeks since I received it. I am very eager to learn

more about your interpretation of Plato's criticism of poetry and Aristotle's *Poetics*. I shall have to deal with both in my *Paideia* where I have tried to understand the background and starting point of Plato's censure of the Greek poets. The volume in which I have dealt with this problem is finished and being translated and printed at the present time and I am delighted to see that we shall agree about the fundamental fact that there is no literary criticism in the modern sense in Plato's verdict against poetry. I think it very fortunate that you have set forth with so much clarity and decision the fact that literary criticism in our sense is absent from the earlier and classical periods of Greek culture and the criticism which is uttered in those centuries with regard to what we would call literary subjects springs from other motives than a purely aesthetic appreciation. It is something different when Solon corrects Mimnermus, Xenophanes blames Homer and Hesiod, or Plato in the *Lews* rewrites Tyrtaeus's elegy. This sort of correction which is made from the point of view of truth leads up directly to the Stoic epanorthosis and the similar method used by the Christian fathers in correcting their pagan predecessors in the field of *Paideia*.

It is in my opinion the greatest merit of your book that it does not discard the classical period for this reason as is often done by those interested in the problem of literary criticism in its pure form, but pursues carefully the gradual development of the critical element in Greek life and literature in all its aspects. In this way you have succeeded in showing clearly how along with the moral, political and religious criticism in the classical period the critique of the aesthetic qualities of literary works gradually emerges. This fact is mostly neglected although it is of the greatest importance for the growth and public manifestation of that infallible taste with which Cicero in the *Orator* credits the Athenian public. I enjoyed especially your picture of the first private stage of that evolution, the anonymous existence of a refined sensitivity and a critical reaction confined in its expression to narrow circles. Obviously your own connection with and experience of such preliterate criticism has assisted you in seeing the analogous symptoms in classical Athens. I have read

with much pleasure what you say about the difference in appreciation of literary figures and works in the country of the author and abroad, in more creative literary circles and by professors of literature. Another feature which I would like to mention is your fine understanding of the aesthetic element in Aristophanes's critique of Euripides and literature at large. Even though there it is particularly evident that his judgment is dominated by other factors the presence of a new keen literary sense is manifest and foreshadows the coming independent literary criticism of the Hellenistic times. The same mixture we have in Aristotle though I feel that Theophrastus in his lost books *On Style* must have marked a decisive progress in the direction of a pure aesthetic appreciation for he has exercised such an enormous influence on Dionysius of Halicarnassus, Cicero and all later criticism.

In your "anachronistic" chapter at the end of the book you have expressed the natural reaction of the modern mind with regard to the absence of pure literary judgment from the earliest and classical periods of Greece. It is indeed not easy to see how we could return in our days to the Greek subordination of the aesthetic factor to what they thought to be the really essential moral and political factors in the poetical creations which we love. On the other hand it is about time to realize and consider earnestly the facts which you have set forth with so much vigor and in a forcible language with regard to their importance for our historical understanding of the true nature and structure of the classical Greek spirit. The result of your book with which I agree and what I have tried to say about the same problem from the opposite point of view, that of *paideia*, see a to reopen the discussion of our relationship to the classical and Hellenistic forms of Greek culture. Wishing your book and activities full success, I am

Yours sincerely,

(Signed) Werner Jaeger

PASADO INMEDIATO Y OTROS ENSAYOS

Alfonso Reyes

(El Colegio de México, 1941)

"No me deja desperdiciar un solo dato, un solo documento, el historiador que llevo en el bolsillo". Confesión de Alfonso Reyes en *Reloj de sol* (1926).

Pero no es tanto un afán de recuperar el pasado público como de reconstruir el diario íntimo que se le ha ido deshojando en el camino. Como Eco, la ninfa despedazada, ese Diario que Reyes enterró aquí y allá a lo largo de su obra se sobrevive en un rumor constante. Por impersonal que parezca el tema que Reyes se ha impuesto, siempre se le percibe la vibración de una confidencia a punto de revelarse. Ciertamente toda producción literaria es diario de un espíritu, pero la de Reyes más que otras porque su yo es demasiado impresionable para disimularse. Está siempre activo y, a veces, absorto en el espectáculo de la propia actividad. Aunque la menuda investigación lo lleve a través de los siglos, el poeta sigue viviendo su bohemia, los flecos del pasado histórico vienen a entretenerse con su vida íntima, las papeletas eruditas se le magnetizan con las emociones del presente y, al pasar los años, al releer sus propios libros de ciencia, Reyes siente la nostalgia de un virtual diario íntimo: "Por desgracia en aquellos años no llevaba yo un diario, que bien hubiera valido la pena por todo lo que me tocó ver y oír. De aquí que, en el afán de no olvidarlo, siempre ando queriendo reconstruirlo". Y, en efecto, en *Reverso de un libro* nos describe el trasfondo biográfico de los "capítulos de literatura española" que reunió en 1939: amigos y maestros, los años de aprendizaje en Madrid, la anécdota y la travesura, los inviernos, el Guadarrama . . . Cuando Reyes presenta el proceso de nuestra cultura —*De poesía hispanoamericana*— o a México desde 1910 —*Pasado inmediato*— también hay un interés biográfico que le afina la perspectiva. Es hombre de tradiciones, de herencias bien cuidadas. Y

al pintar el cuadro de la literatura de América deja un lugar que ocupará su propia figura.

Del pasado, Reyes recoge los momentos en que el hombre es ejemplar. Historia de personas que se expresan. Y al levantarlas de la masa humana las individualiza con una luz tan graciosa que esa ejemplaridad suscita también emociones estéticas. Sus ensayos *Justo Sierra y la historia patria*, *Genaro Estrada y Recordación de Urbina* parten del reconocimiento de valores morales y poco a poco se convierten en poemas. Esos claros varones de la civilización se nos aparecen como creaciones de la fantasía. Son tan hermosos como en un cuento. Rasgo muy americano, lograr la poesía de lo normal, no de lo pervertido.

Reyes, con ser uno de nuestros escritores más exquisitos, más originales, más sorprendentes, fundó su obra en la salud humana. Otros quisieran olvidarse de la postura del hombre para ver si al sesgo el mundo les dice algo; se mutilan o hacen valer sus mutilaciones; se entregan al frenesí sofisticado o al sopor; corrompen la honra, niegan la luz, traicionan al corazón . . . No Reyes. Alfonso Reyes es un escritor clásico por la integridad humana de su vocación, por su serena fe en la inteligencia, en la caridad, en los valores eternos del alma. La peculiaridad del universo poético de Reyes no es extravagancia sino afinamiento de las direcciones normales del hombre. Cada frase le nació desprendiéndose del fondo común, recortándose contra la sabiduría popular, buscando el propio perfil. Pero esa destreza literaria en el camino de la expresión personal no la cultiva Reyes por afán de soledad, sino por cumplir con la figura a que está destinado en el bajorrelieve.

Enrique ANDERSON IMBERT.

Sur, Buenos Aires, No. 92,
mayo de 1942.